

# Una patria alienígena y acariciadora

## La ciencia ficción en la literatura argentina contemporánea

En los últimos años las ficciones argentinas comenzaron a poblarse de fenómenos paranormales, zombies, viajes en el tiempo, distopías bien localizadas y descorazonadoras. El canon de los nuevos narradores mutó del realismo costumbrista a otra cosa, una especie de realismo alterado, que abundaba ahora en imágenes borroneadas, transfiguradas, de algo que podría llamarse “ciencia ficción”. ¿Será esta la marca de nuestra época? ¿Intenta comunicarnos algo este nuevo panorama literario? Ana Llurba y Martín Felipe Castagnet buscan claves para entender la producción contemporánea, trazan mapas de lectura y bucean en tradiciones que apuntalen esta avanzada de zombies, ovnis y cyborgs por la pampa, las sierras, y las ciudades argentinas.

### Ana Llurba\*

Si toda imaginación trabaja sobre una memoria, la nuestra está empachada de visiones de futuro.

Marcelo Cohen, *Los restos de un porvenir*.

Como un género anglosajón que ha asediado los diferentes estadios de la relación de Occidente con la técnica y el progreso, la ciencia ficción en la literatura argentina se presenta como esa inhóspita pista de aterrizaje escondida tras los matorrales de la baja cultura. Allí descendieron hace más de dos siglos, esos seres de los que somos insaciables descendientes plebeyos, los Precursores, desde Eduardo L. Holmberg con *El viaje maravilloso del señor Nic-Nac* (1875) en adelante, quienes comenzaron a importar desde algún alejado punto de la galaxia literaria, sus promiscuas lecturas, el caldo primigenio del que emergerán golems deprimidos, marcianos costumbristas, científicos trasnochados, gastadas paradojas temporales y sensuales adolescentes abducidas que retornan años después con la misma edad que cuando desaparecieron. Desde Bioy Casares, y sobre todo con Borges, la impunidad de la reescritura de los tópicos del género sigue encandilando a los incautos lectores que nos asomamos entre los matorrales para espiar a la Máquina de donde provienen las luces.

### La astucia succionadora: los otros géneros

Durante la Conquista del desierto, un regimiento encuentra un ovni enterrado en medio de la pampa. Así comienza *En esa época* (2001) donde Sergio Bizzio practica la antropología ufológica en una parodia de novela histórica inaugurando el milenio con un hilarante relato de frontera (genérica). Invocando otras tradiciones, como el barroco, el nonsense y el absurdo en una serie de novelas distópicas (*Los invertebrables*, 2003, *Borneo*, 2004, y *Promesas naturales*, 2006) Oliverio Coelho nos sumerge en la paranoia más descorazonadora. Este éxtasis de la contaminación no alcanza solo a otros géneros novelescos sino a un cierto lirismo astronauta, por ejemplo, en el realismo inseguro de *Los posnucleares* (2011). Lola Arias es una médium que invoca fuerzas extrañas, obligándonos a mirar a nuestro alrededor como si viéramos por primera vez la superficie de la Tierra desde la Luna. En *Las mellizas del bardo* (2012) Hernán

Vanoli desvela la sobrevida del exploitation y la serie B en una rabiosa y delirante historia de carretera en un futuro posapocalíptico donde unas mellizas siamesas secuestran a un clon de Messi. Siguiendo con este cruce de parafilias, en *¿Sueñan los gauchoideos con ñandúes eléctricos?* (2014) Michel Nieva invoca un monstruo que al parecer no estaba muerto, estaba mutando: la gauchesca... cyberpunk (!). En esta hipertrofia de lecturas, desbordada por elementos tan discordantes y anacrónicos es donde la ciencia ficción, siempre pecando entre la ambición y la pretensión, contagia su éxtasis de las influencias y su potencia adictiva como ficción.

Arqueologías del futuro: las distopías y las ruinas del progreso

En *Chicos que vuelven* (2012) Mariana Enríquez presenta un mundo en el cual un grupo de adolescentes desaparecidos comienzan a aparecer imprevistamente en diferentes parques de Buenos Aires. El cumplimiento de un deseo, la aparición de los jóvenes con vida, se realiza de manera inesperada en esta nouvelle, como afirmara Fredric Jameson (2007) siguiendo a Freud, porque el deseo utópico en la ciencia ficción es eficaz solo cuando se realiza de formas inesperadas y hasta distópicas. En tal sentido, las reacciones imprevistas de pánico que detonan los “aparecidos” entre los adultos se convierten en una alegoría sobre la indiferencia social ante la trata de personas. Un ejemplo más claro de esto, es el relato *Ese zombie* de Alejandro Soifer (*Vienen bajando*. Primera antología argentina del cuento zombie, 2011). Más cercano a la serie B y lo activamente residual, nos presenta una Nueva Buenos Aires en la que los muertos vuelven a la vida. Y algunos hasta hablan y repiten como “loros”, entre ellos “desaparecidos” tan célebres como el mismo Rodolfo Walsh, a quien las autoridades no dudan en ejecutar, de nuevo. Con un estilo minimalista y perverso, *Plop* (2005, 2011) de Rafael Pinedo es una brillante y brutal novela de iniciación. En *Frío* (2011), su segunda novela, una monja renuncia al contacto humano después de quedarse aislada en una nevada, protagonizando una corrosiva fábula mística. En ambas, un inexplicable fin del mundo conocido es el contexto para indagar en la religión, el sexo, la empatía, la incomunicación y otros grandes tópicos, omnipresentes como

los restos congelados de la civilización en estas historias. En este sentido, también puede leerse *Los cuerpos del verano* (2012) de Martín Felipe Castagnet. Una fábula oscura donde la reencarnación y la posibilidad de la vida más allá de la muerte se sacuden el polvo metafísico para enfrentarse a la imprevista y prosaica cotidianidad del futuro.

Córdoba en el mapa de las estrellas

En el año 2003, la localidad Embalse de Río Tercero aparece en el mapa de las reescrituras del género. Embalse de César Aira, el manual del veraneante depresivo en las sierras cordobesas deriva inesperadamente en aventura pesadillesca con científico loco incluido: *La invención de Morel meets las Olimpiadas de la Risa*. Sin embargo, no solo los escritores porteños recrean la decadencia turística serrana. El cerro Uritorco y todo su folclore ufológico aparece en la nouvelle de iniciación *Cielos de Córdoba* (2011) de Federico Falco, así como en el relato *Can Solar* (2011) del libro homónimo de Carlos Godoy, ambos autores cordobeses. Más allá de referencias geográficas concretas, *El loro que podía adivinar el futuro* (2012) de Luciano Lamberti ilumina algunos argumentos clásicos del género. En *La vida es buena bajo el mar*, inventa una entrañable alegoría sobre la alienación, epígono humanista de Vonnegut y, sobre todo, del gran George Saunders. En *La canción que cantábamos todos los días* indaga en los efectos familiares de la sociopatía adolescente a través de una reescritura costumbrista de *El padre cosa*, el ya clásico relato de Philip K. Dick. Historia que, por cierto, apareció publicada en el primer número de *Palp*, revista cordobesa dedicada a los géneros que titubean entre lo popular y lo bizarro. En conclusión, la ciencia ficción opera como una especie de mamá Ripley, salvadora algunas veces, y con sospechosas dobles intenciones, siempre; una patria alienígena que acaricia a contrapelo la reescritura de otros géneros y tópicos fronterizos, arrullando en su interior a los imprevisibles monstruitos de la imaginación razonada argentina. ●

\*Estudió Letras Modernas en la UNC. Coordina *Honolulu Books*

# Un observatorio astronómico que apunta hacia dentro

Si bien el género fantástico abunda en nuestro país, difícilmente se pueda decir lo mismo de la ciencia ficción, que siempre supo brillar de obra en obra sin nunca conformar una tradición: de *La invención de Morel* a *El Eternauta* a paso de gigante, como si no hubiera habido nada en el medio. Aunque de modo torcido, a razón de nuevas obras la ciencia ficción argentina hoy está cerca de tener su propia constelación en el firmamento literario.



## Martín Felipe Castagnet\*

El amanecer del nuevo siglo resulta fructífero para la ciencia ficción, como señaló Pablo Capanna en un artículo reciente: “No faltan los agoreros que aseguran que, al estar todo inventado, la ciencia ficción se ha quedado sin trabajo. Un juicio tan lapidario no vale para la ciencia pero tampoco para la ficción”. Hoy prospera la domótica, la división de la robótica aplicada al hogar, y el espacio está tan lleno de satélites artificiales que ya resultan tan naturales (e indispensables) como las estrellas, pero ya no engendran fantasías siderales sino la esperanza de una buena conexión a internet. La revolución digital sacude los cimientos de la cultura, y la ciencia ficción siempre fue particularmente perceptiva a estos temblores.

No puedo ser contemporáneo de los autos que se manejan solos sin por lo menos hacerme un par de preguntas: ¿pueden ser las nuevas tecnologías parte de la ciencia ficción? Antes la respuesta era un sí rotundo: la distancia entre el invento ficticio y el invento real lo hacía viable, incluso necesario; ahora se ha perdido la distancia entre el laboratorio y la vida cotidiana. ¿Si la ciencia es real, puede seguir siendo ciencia-ficción? La ciencia ficción deja de existir como tal cuando la internet se transforma en lo real: no hay máquina más imposible y al mismo tiempo más cotidiana. Una ciencia ficción exitosa es una ciencia ficción condenada a desaparecer o transformarse.

Quizás por esta incertidumbre se evita mencionar el género. Aclararlo resta más de lo que suma: lo cotidiano no puede ser “ciencia ficción”, por lo que la etiqueta queda asociada a la imaginación de los cincuenta: los grandes robots resultan pesados y los cohetes parecen de hace mucho tiempo y en una galaxia muy lejana. Por el contrario, a las obras que utilizan los progresos científicos de la época, como ocurre en las novelas de Ian McEwan, Kazuo Ishiguro o Michel Houellebecq, no se las incluye ni editorial ni críticamente en el género. La clonación existe del mismo modo precario en que existían los primeros esbozos de submarinos en la época de Verne: se requiere un salto ficcional prospectivo

para explotarlos de modo literario, y eso es en pocas palabras a lo que se dedica el género.

» ¿Si la ciencia es real, puede seguir siendo ciencia-ficción? La ciencia ficción deja de existir como tal cuando la internet se transforma en lo real: no hay máquina más imposible y al mismo tiempo más cotidiana.

Como coletazo del borramiento editorial, cualquier intento de aprehender la ciencia ficción contemporánea debe hacerlo a la par del fantástico, como hermanos siameses que comparten el mismo corazón. Sería pernicioso intentar definir si ciertas obras corresponden a la ciencia ficción, al fantástico o al terror: se enhebran, no se repelen. Si la ciencia ficción se escindió del fantástico a comienzos de siglo XX, cien años más tarde vuelven a mezclarse y, aunque con claves distintas, deben leerse bajo la misma operación. En estos dilemas se encuentra la ciencia ficción argentina; como paleontólogos literarios, encontramos vida en lo que ya parecía rocoso y muerto.

## Las redes invisibles

El primer paso para la renovación le corresponde, quizás, a Marcelo Cohen. Traductor de *Minotauro*, y por tanto puente con la primera gran época de la ciencia ficción editada en el Río de la Plata, Cohen por un lado creó como autor un espacio futurista llamado el Delta Panorámico, “el mundo de las posibilidades de nuestro mundo”, sentando base para ya no una obra sino para un proyecto. Por otro lado, como responsable de la colección Línea C de la editorial Interzona, en su etapa comandada por Damián Ríos.

Bajo el sello de esta colección de fantástico y ciencia ficción se publicaron *Paz* de Gene Wolfe, *Preparativos de viaje* de M. John Harrison, *El azogue* de China Miéville, *August Eschenburg* de Steven Millhauser y *La maravillosa historia de Peter Schlemihl* de Adalbert von Chamisso. El catálogo revela una operación arriesgada para el año 2004: introducir en la Argentina traducciones de obras contemporáneas, cuando las editoriales pequeñas suelen traducir libros que ya no pagan derechos. La única obra argentina de la colección fue *Plop*, una novela apocalíptica del fallecido Rafael Pinedo. En su contratapa se lee: “Lejos de los habituales temas de la tecnología moderna, *Plop* es ciencia rudimentaria y ficción de las ruinas”. Ciencia y ficción siguen conformando el aparato paratextual, pero esta vez por separado. Con pocas obras y mucho esfuerzo, Línea C ayudó a abatir el estancamiento en el que estaba sumido el género.

En 2005 Interzona publicó *El año del desierto*, la segunda novela de Pedro Mairal; esta vez, el paratexto le hace escaso favor con el diseño de portada más desagradable de la historia argentina y sin ninguna aclaración en la contratapa sobre qué va la obra. Junto al título, el lector se apoya en estos dos elementos, y ni uno ni otro ofrecen una clave de lectura clara que permita emprender la lectura de la obra. Su trama puede resumirse como la inversión de un epígrafe que iba a encabezar la novela y Mairal finalmente retiró: “el tiempo es la manera en que la naturaleza evita que todo suceda de golpe”. Sebastián Robles tiene una lectura sagaz de los viajes en el tiempo: cuanto más avanzamos, más pequeño es el aparato por el cual se viaja, hasta desaparecer. Esto concuerda con las últimas grandes novelas contemporáneas sobre el tema: *How to Survive Safely in a Science Fictional Universe* de Charles Yu, donde se viaja en el tiempo conjugando el lenguaje, y en *The Time Traveler's Wife* de Audrey Niffenegger, donde el viaje en el tiempo es una mera mutación genética. Esta lectura también aplica a *El año del desierto*: el tiempo no retrocede pero el devenir



histórico da marcha atrás: en unos pocos meses la ciudad empieza a desarmarse, los procesos sociales a revertirse. Su lectura parece sugerir que todo futuro apocalíptico no es más que un regreso al pasado. Podemos encontrar la recepción del libro en los suplementos culturales del momento gracias al blog del autor (¿dónde sino en estos fósiles, ante la falta de archivo de nuestro endeble periodismo cultural?). La novela fue bien leída, pero las críticas quedan atrás y el libro, indefenso, depende por completo del prestigio bien ganado de Mairal para seleccionarlo de los anaqueles; un lector en busca de ciencia ficción no tiene cómo llegar hasta él. Todas las librerías tienen secciones dedicadas a la ciencia ficción, pero ninguno de los libros de esta nueva camada va a figurar en esos estantes.

A la línea conformada por Marcelo Cohen, Alberto Laiseca, Angélica Gorodischer o César Aira, hoy se puede agregar una formación completa: Leonardo Oyola, Hernán Vanoli, Federico Falco, Luciano Lamberti, Carlos Godoy, Nicolás Mavrikakis, Sebastián Robles, Félix Bruzzone, Juan Terranova, Iván Moiseeff, Eric Schierloh, Carlos Ríos, Roque Larraquy. No tengo mi biblioteca a mano, y de seguro me acordaré tarde de algún nombre indispensable. Cuesta encontrar escritores con talento que no hayan escrito literatura altamente contaminada por la ciencia ficción, y muchos de los que

aún no lo hicieron están en camino, como la prometida novela de Carlos Busqued sobre ufología y científicos nazis en la Antártida. También *Las redes invisibles* del ya mencionado Robles, de próxima aparición si las editoriales acompañan, y cuyos adelantos fueron publicados en la revista *Paco*. El libro retoma la operación de Ítalo Calvino pero con redes sociales ficticias en lugar de urbes: “las redes sociales hoy en día son espacios de sociabilidad tan importantes y tan ricos como fueron las ciudades hace algunos siglos”. En algunos casos, como hizo Rodrigo Fresán con *El fondo del cielo*, no escriben libros de ciencia ficción sino *con* ciencia ficción.

»» *Hoy la ciencia ficción renace al abandonar su propio nombre y abrazar la hibridación ¿Germinará nuevamente su etiqueta o su fusión es un camino sin regreso?*

Incluso las mejores bandas de la escena *indie* abrazan el género, como el apocalíptico *Día de los muertos* de El Mató a un policía motorizado. Editorial Nudista, que publicó varios de los libros de los autores mencionados, también editó un poemario filocientífico, *Newton y yo* de Marcelo Díaz: “la poesía es un anillo de cenizas / alrededor / de transbordadores espaciales”. ¿Acaso eso no es también ciencia-ficción?

### La religión del usuario

Dos autores se destacan sobre el resto: Luciano Lamberti y Hernán Vanoli. El primero es parte de una generación dorada de autores provenientes de Córdoba, por nacimiento o estudio, entre los que se cuentan muchos (sino la mayoría) de los autores arriba mencionados. El realismo insano de *El asesino de chanchos* se tuerce con naturalidad hacia el fantástico enrarecido de *El loro que podía ver el futuro*; la solidaridad de

lectura entre estos libros demuestra que ambos géneros son, en el fondo, la misma cosa: una literatura del interior no puede ser sino una literatura del horror. Como se evidencia en “La Feria Integral de Oklahoma”, bien podría haber sido de la Illinois de Ray Bradbury, el Maine de Stephen King, pero también la Feria Integral de Cipolletti o Venado Tuerto. En “La vida es buena bajo el mar”, Lamberti funda una auténtica ciencia ficción argentina: la que ingresa a un psicólogo como protagonista. Una raza alienígena llega a la Tierra para trabajar como empleados altamente especializados: “encerrados en boxes, escribían en un lenguaje inédito el software de una generación futura de computadoras”. De tanto tratar a los Residentes a raíz de la depresión crónica que sufren, Koifman se vuelve adicto a una de sus prácticas, semejante a un viaje astral. Ante una pregunta de Walter Lezcano, Lamberti responde: “Sí yo quiero cruzar los cuentos con algo, todos trabajan con el tema de la droga e Internet, es decir, Internet como droga”.

También Vanoli trabaja nuestro rol como usuarios de una tecnología ominosa y benefactora. Existe un sustrato común a los cuentos que conforman *Varadero y Habana maravillosa*: la sociedad posindustrial, la adicción a materiales precarios, las aspiraciones de clase, la frustración sexual. La protagonista del cuento “Eugenia vuelve a casa” trabaja en el primer mundo como niñera pero vuelve como mula; lleva el botín en su vientre, pero no en el estómago sino en el útero, cuya primera manifestación es “un triángulo cosido con hilo metálico que le rodea el ombligo”. La característica metálica del hilo la convierte (¿simbólicamente?) en un cyborg. “Veo que de entre las piernas empieza a salirle una especie de albóndiga grasosa que late en el medio de la sangre”, la cual “tiene incrustados unos diamantes perfectos que titilan como si adentro tuvieran un espíritu”. Luego de arrancar los diamantes con los dientes, Eugenia debe comer el feto para poder repetir la operación, un resabio de la práctica de la cientología de comer la placenta luego del nacimiento. ¿Es posible olvidar que esta nueva religión fue fundada por un escritor de ciencia ficción? Vanoli es a su vez el traductor, junto a Lolita Copacabana, de la novísima *Alt Lit. Literatura norteamericana actual*, una antología de cuentos de esta corriente nacida al calor de la red, las drogas y la mezcla de géneros, como suelen hacer Tao Lin y Blake Butler. La edición corresponde una vez más a Interzona, que cambia de editor pero no de mañas.

Hoy la ciencia ficción renace al abandonar su propio nombre y abrazar la hibridación ¿Germinará nuevamente su etiqueta o su fusión es un camino sin regreso? Aunque la etiqueta se pierda, los lectores reconocen sus procedimientos y tópicos, como la extrapolación y la aprehensión de las tecnologías que bordean la comprensión humana; como siempre ha sido, será cuestión de seguir ofreciendo nuevas respuestas para nuevas preguntas. Dijo Juan Terranova: “No abusemos de nuestra suerte, escribamos mejor”. En estos tiempos afortunados donde es posible publicar todo lo que se escribe, me resulta estimulante que los textos más logrados de la literatura argentina contemporánea sean en su mayoría los que se animan a utilizar libremente el fantástico y la ciencia ficción.

\*Escritor, periodista y docente de la UNLP

### + info

Varios de los autores mencionados participaron de *Vienen bajando*, la primera antología del cuento zombie argentino editada por el CEC, y de *Hasta acá llegamos* (editorial El Cuervo), una antología apocalíptica con nuevas voces latinoamericanas como Liliana Colanzi, Ramiro Sanchiz, Carlos Yushimito y Edmundo Paz Soldán.